

Ocho años después

Fides et Ratio

Por GADIEL FERNANDO HERNÁNDEZ SAMPER
Estudiante de la Facultad de Filosofía e Historia de la UH



El 14 de septiembre de 1988, fiesta de la Exaltación de la Santísima Cruz, el papa Juan Pablo II publicaba su memorable Carta Encíclica *Fides et Ratio* (Fe y Razón), dirigida a los obispos de la Iglesia Católica. Pues, como afirmara el entonces cardenal Ratzinger durante la misa de exequias de Juan Pablo II: “conocer e interpretar el misterio de la criatura humana, para hacer presente en el mundo de hoy la interpretación cristiana de nuestro ser” es una de las misiones fundamentales de un obispo.

La decimotercera Encíclica de Juan Pablo II aporta mucha claridad con respecto a un asunto que no es nuevo para la humanidad: la relaciones entre fe y razón. Desde el comienzo de la patrística y después en la filosofía medieval este tema fue centro del trabajo filosófico y teológico, siendo notable la síntesis de Santo Tomás de Aquino, “auténtico modelo para los que buscan la verdad” (*Fides et Ratio* No. 78). Sin embargo, la filosofía moderna (y con ella el hombre moderno) se ha ido alejando de la discusión sobre las relaciones entre fe y razón, incluso hasta de las reflexiones en torno a la verdad. Por ello, en esta Carta, el Papa le habla a una cultura que trata de ignorar a Dios, que por demás evita el tema de la verdad y que es sumamente torpe para hablar de sí misma porque en realidad no se conoce. En tal sentido, *Fides et Ratio* nos detiene a pensar acerca de una cuestión fundamental: haber abandonado el tema de Dios ha empobrecido el discurso sobre el hombre hasta el sin sentido de la nada.

Los griegos consideraban al hombre como “aquel que se mueve hacia arriba”, actitud que nos alerta de algo fundamental: la realidad que tenemos delante no es lo único que existe, sino que existe otra realidad que nos sobrepasa, imposible de ignorar. Desde la antigüedad la búsqueda de la verdad y del sentido religioso no han estado separadas. El Santo Padre define al hombre como “aquel que busca la verdad” (No. 28). La plenitud de la Revelación de Dios a los hombres, que es Jesucristo, nos presenta a un Dios que es la verdad, que se atreve a proclamar: “Yo soy la Verdad” (Jn 14: 16) y que, además, expresa el deseo de que los hombres se descubran de manera total e íntegra. De ahí que discurrir sobre la relación que se establece entre fe y razón nos va a llevar a pensar siempre en la Verdad.

El mundo actual evita siempre la discusión sobre la verdad, pues el hombre de nuestra época teme “perder su libertad” cuando se toma en serio la vida y la orienta con responsabilidad. Jesús decía a sus discípulos que conocer la verdad los hacía libres (Jn 8: 32). Quizás sea este uno de los textos más filosóficos del Señor, de donde se desprende una bella enseñanza: la libertad verdadera es el primer fruto cierto de la posesión de la Verdad.

En este camino el hombre ha descubierto en sí mismo dos facultades que lo pueden encaminar hacia la verdad: la fe y la razón. Y es en este punto donde la Encíclica viene a ofrecer luz abundante en el sentido de diseccionar la matriz del problema: si fe y razón son una misma cosa, se separan o se oponen en el trayecto del hombre hacia la verdad.

Filosofía, ciencia y teología

En el transcurso de la historia, el hombre ha encontrado en la filosofía, la teología y la ciencia motivos para buscar la verdad. El Papa tiene la certeza de que el hombre va tras la verdad porque cree en ella, ya que no se puede ir a buscar algo que no existe. Cuando se refiere a “las diversas facetas de la verdad en el hombre” (No. 28-35) Juan Pablo II no habla de muchas verdades, sino de de las distintas formas en que la verdad se manifiesta. Es cierto que la porción de lo real que exalta la ciencia es distinta al objeto particular de la filosofía y al de la teología, pero esto no quiere decir que estos tres ámbitos sean disciplinas opuestas que se disputan la posesión de la verdad.

Al criticar el cientificismo (No.88) esclarece sobre la equivocación del hombre al confiar en las ciencias positivas como si estas fueran capaces de agotar la verdad sobre el ser humano y el mundo. Por demás, la aplicación del método científico a la filosofía ha contribuido a ignorar el valor de esta última y ha desatado una confusión evidente entre el método, el objeto y la finalidad de las disciplinas. Ni siquiera vale la pena plantearse qué se puede decir sobre el hombre cuando se le aplica en su estudio la misma metodología de análisis de las bacterias, los fenómenos astronómicos o las radiaciones atómicas. De la misma forma, cuando se confunde el método de la ciencia y su fin específico con los de la filosofía y la teología los resultados también han sido funestos.

Juan Pablo II al hablar del diálogo entre ciencia, filosofía y teología recuerda que “el Dios creador es también el Dios de la historia de la salvación” (No. 34). La naturaleza que estudian los científicos tiene su sentido en Dios que la hace susceptible a la inteligencia humana, el mundo concebido como criatura maravillosa nos hace pensar en su Creador, fuente de toda verdad. Este mismo Dios también ha querido mantenerse cerca del hombre y para ello acontece la revelación de la cual Jesús es la última y definitiva palabra. Galileo Galilei lo aclara en un texto citado por el Santo Padre: “La Escritura Santa y la naturaleza, al provenir ambas del Verbo divino, la primera en cuanto dictada por el Espíritu Santo y la segunda en cuanto ejecutora fidelísima de los órdenes de Dios”.

Ruptura y desafío

Para el hombre de nuestros días constituye un gran peligro tratar de separar la fe de la razón, con fuertes implicaciones en el plano de la ética. La separación entre fe y razón puede desencadenar en ciertas mentalidades pragmáticas, que valoran como bueno solamente lo que puede resultar útil, cómodo y aceptable por una mayoría. Sin embargo, la consecuencia negativa más relevante de este modo postmoderno de pensar podría ser el nihilismo -cuestión tratada por el Santo Padre en la Encíclica- donde la razón se ha convencido de que el ser no existe, así como tampoco la verdad objetiva. Como resultantes de esta situación tenemos al relativismo, el ateísmo científico y el subjetivismo alienante, peligros reales del presente que no sería admisible para un cristiano darles la espalda.

En la dimensión profética de su ministerio petrino, Juan Pablo II alerta a todos los hombres sobre cuán desastrosa pudiera ser una fe que olvidara a la razón y a una razón que se distancia de la fe. A lo largo de la historia de la humanidad se han visto claramente ejemplos de este fenómeno. La fe sin la razón puede conducir al más insolvente de los fanatismos, y la razón sin la fe -el gran proyecto de la Ilustración- suele debilitar la humanidad del hombre.

Juan Pablo II comienza su Encíclica diciendo: “La Fe y la Razón son como las alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad”. Además de ser un verdadero resumen de la Carta, esta imagen de calidad literaria indiscutible nos sugiere que el valor de la fe y la razón residen en su capacidad de ser instrumentos -magníficos, pero instrumentos- con los cuales la persona se pone en movimiento hacia el Dios verdadero. El apóstol San Pablo aclara que lo único que permanecerá después de la muerte es el Señor (1 Cor 13: 8-13), porque Dios es amor y solo lo veremos a Él que es la morada de la verdad.

**...el hombre
ha descubierto
en sí mismo
dos facultades
que lo pueden
encaminar
hacia la
verdad: la fe
y la razón.**

La Carta Encíclica *Fides et Ratio* es un documento rotundo para el hombre actual. El tema tratado es de igual importancia tanto para creyentes como para no creyentes. La necesidad de su análisis y relectura ocho años después de haberla sacado a la luz pública es urgente. Aunque el ambiente cultural de la postmodernidad y el influjo de la *New Age* nos tratan de alejar del problema: Fe y Razón, nuestra condición de cristianos nos exige abrirnos al entendimiento de estas realidades. El hecho de que Juan Pablo II haya sido un Papa filósofo no quiere decir que *Fides et Ratio* sea una opinión filosófica más; la Encíclica es además la palabra de la Iglesia en relación con el tema, cumpliendo su misión de confirmarnos en la fe.